

liz en esta, cueste lo que costare. ¡Qué felicidad tan extraña, pues, es proponer al hombre que combata incesantemente sus deseos, sus inclinaciones y hasta las necesidades de la naturaleza sin esperanza de recompensa! ¡Cómo! ¿el interés del pobre consiste en faltar de lo necesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo supérfluo del rico? Se le ahorcará si roba. Lo entiendo; el interés de vivir debe ser superior al de saciar su hambre. Luego, si estuviera seguro de evitar el suplicio, el segundo interés, quedando solo, determinaría un deber contrario. Quitad el verdugo, y cambia la moral, pues él es el padre de todas las virtudes; y sin embargo, por mas que se haga, este poderoso moralista no basta para todo, y está fuera de su dominio la mayor parte de los vicios que minan sordamente la sociedad ó turban su armonía, como la avaricia, la concupiscencia, el egoismo, la ingratitud, la dureza de corazón, la envidia, el odio, la calumnia y el libertinaje ¹. ¡Y hasta cuántos crímenes que le pertenecen se le escapan! Merced á los progresos de la ciencia, ¿no hay mil medios de robar, engañar, vivir á expensas del prójimo y eludir la ley? ¿No puede decirse, hoy mas que nunca, con verdad con un antiguo que las leyes humanas son telas de araña que solo detienen á las moscas?

Concluyamos, pues, diciendo con Rousseau: «No comprendo «que se pueda ser virtuoso sin Religión; mucho tiempo participé de «esta falsa opinion, pero estoy ya bien desengañado ².»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, inspiradnos un profundo respeto hácia vuestra ley: iluminad á los que no la conocen, moved á los que la descuidan ó infringen, y haced que seamos hijos dóciles del mas sabio y mejor de los padres.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, rezaré por los indiferentes.

¹ Rousseau, *Emilio*, 479.

² *Carta sobre los espectáculos.*

LECCION XXI.

CONOCIMIENTO DE LA RELIGION.—PROMESAS Y FIGURAS DEL MESÍAS.

La Religión es una inmensa gracia, el conjunto de todas las gracias.—Rasgo histórico.—Lo que exige de nosotros la Religión.—La religión cristiana es tan antigua como el mundo.—Sabiduría de Dios en el desarrollo sucesivo de la Religión.—Exposición del plan general de la Religión.—Primera promesa del Mesías.—Adán, primera figura del Mesías.—Patriarcas.—Abel, segunda figura del Mesías.

La Religión es una ley, la ley suprema, universal, y base de todas las demás: así lo hemos visto en la lección anterior. La naturaleza se ha estremecido quizás á este nombre de ley, y nosotros hemos sentido despertarse en el fondo de nuestro corazón no sé qué sentimiento de repugnancia y de temor. Apresurémonos á reprimirlo; si la Religión es un yugo, lo es muy suave y una carga asaz ligera ¹; es además un magnífico beneficio, una gracia, un favor, una gloria inmensa para el hombre; digo mal, es la única fuente de toda ventura y de toda gloria en lo presente y en lo por venir.

Tal es el punto de vista, por otra parte enteramente justo, bajo el cual debemos considerar desde el principio la Religión. La ignorancia del hombre y especialmente sus viciosas inclinaciones le persuaden con demasiada frecuencia de que la Religión es un yugo penoso y como un funesto presente que Dios nos ha hecho; y víctimas de tan deplorable error, un gran número solo se someten á sus saludables prescripciones por la fuerza y por temor, y otros la abandonan declaradamente ó la miran con criminal indiferencia. ¡Hombres, hermanos míos, hermanos desventurados y ciegos! ¡qué extraño trastorno! No veis, pues, que la Religión es el mas hermoso regalo que Dios nos ha hecho jamás! No sabeis, pues, que si la Religión os impone su amable yugo, es por libertaros del abrumador y vergonzoso yugo de las pasiones y vicios; ni sentís que es la luz de vuestra alma, la garantía de vuestros derechos, el consuelo de vuestros numerosos dolores, y el principio de todo lo hermoso, bueno, grande

¹ *Iugum meum suave est, et onus meum leve. Matth, xi, 30).*

y sublime sobre la tierra ; ni comprendéis que sin ella seríamos tan solo animales como los que pacen la yerba de nuestros prados ó ruminan en nuestros establos, en tanto que con ella somos los hijos del Altísimo, los dioses de la tierra, los candidatos del cielo, los émulos de los Ángeles, y los herederos de un imperio cuya magnificencia eclipsa todos los esplendores del firmamento, y cuyas nobles delicias son, comparadas con los placeres del mundo, lo que un panal de miel á un ajeno.

Pero la Religión debe considerarse, bajo otro sentido mas elevado, como un beneficio y una magnífica limosna. Hemos dicho que el hombre fue criado en un estado sobrenatural de gracia y de justicia destinado á guiarle á la vista intuitiva de Dios en el cielo. Pues bien, no éramos acreedores á esta dicha, por cuyo motivo la Religión, que es la expresion de las relaciones sobrenaturales gratuitamente establecidas entre Dios y el hombre, es por consiguiente un inmenso favor, y es la gracia por excelencia, la gracia variada de mil maneras. Efectivamente, la teología católica define la gracia: *Un auxilio, ó mas bien el conjunto de auxilios sobrenaturales¹, que Dios concede gratuitamente á los hombres, en vista de los méritos de Jesucristo, para su salvacion.* Reconoce además dos grandes especies de gracias: las exteriores y las interiores².

¹ He aquí cómo precisa el Doctor angélico la diferencia de la necesidad que tiene el hombre de la gracia antes y despues de su pecado: «El hombre despues del pecado no necesita mas de la gracia de Dios que antes, sino para mas cosas: para curar y para merecer, pues antes solo necesitaba de una de las cosas, de la segunda. Antes, podía conocer las verdades naturales sin el don sobrenatural de la gracia, hacer todo el bien natural y amar á Dios naturalmente sobre todas las cosas, pero no podía sin ella merecer la vida eterna, que es cosa superior á la fuerza natural del hombre. Despues, no puede tampoco, sin la gracia, conocer mas que algunas verdades naturales, y hacer algun bien natural del mismo orden; y para que lo pueda todo esto completamente como antes, es preciso que la gracia cure la enfermedad ó la corrupcion de la naturaleza. Finalmente, despues, como antes, se necesita la gracia para merecer la vida eterna, y para creer, esperar en Dios, y amarle sobrenaturalmente como objeto de la vision intuitiva.» (*Summa*, p. 1, q. 95, art. 4, ad 1; q. 109, art. 2, 3, 4).—Así pues, segun el Doctor angélico, el hombre tenia necesidad de la gracia antes de su pecado para elevarse sobre sí mismo hasta Dios, pero tambien la necesita despues para ponerse primero al nivel de sí mismo.

² Solo hablamos aquí de la gracia en general; trataremos de ella en particular en la *parte II* del Catecismo.—La palabra importante es *sobrenatural*,

Las gracias exteriores son todos los medios sobrenaturales visibles ó sensibles por medio de los cuales nos ayuda Dios á salvarnos; y siendo la Religión la que nos conduce á la salvacion, esta primera especie de gracia encierra por consiguiente todo lo que compone exteriormente la Religión. Así pues, comprende en el Antiguo Testamento todas las revelaciones hechas á los Patriarcas, todas las promesas, figuras y vaticinios del Mesías, la ley dada en el monte Sinai, el Decálogo, todos los sacrificios, ritos, ceremonias, fiestas, cantos y oraciones del culto judáico, todas las doctrinas de los Profetas para atraer á los hebreos á la virtud, todos los buenos ejemplos dados por los santos personajes de aquellos tiempos; en una palabra, todos los auxilios exteriores que podian inclinar al hombre á procurarse su bien sobrenatural, y, por consiguiente, toda la religion mosaica. Luego es cierto que antes de la venida del Mesías toda la religion exteriormente considerada no fue mas que una inmensa gracia, variada de mil maneras para conducir al hombre á la dicha sobrenatural.

Lo mismo ha sido desde la venida del Mesías. Considerada exteriormente la religion cristiana, es decir, la Religión desarrollada por el Redentor en persona, las doctrinas admirables de este divino Salvador, sus milagros y ejemplos, las predicaciones de los Apóstoles y de todos sus sucesores esparcidos mil ochocientos años há por todo el universo, el Símbolo, el Decálogo, los Sacramentos, las fiestas, los ayunos, todas las leyes de la Iglesia, los ejemplos de la innumerable multitud de mártires, vírgenes y solitarios, y, en una palabra, todos los auxilios exteriores que desde la venida de Jesucristo pueden inclinar al hombre á hacer el bien sobrenatural, son otras tantas gracias exteriores; y, por consiguiente, la Religión en-

ó superior á la naturaleza. Segun la explicacion de santo Tomás, que es la explicacion católica, la gracia es un don sobrenatural no solo al hombre que carece de la perfeccion de su naturaleza, sino al hombre en su naturaleza entera, y no solamente al hombre, sino á todas las criaturas, porque la gracia nos conduce á la vision intuitiva. Pero como hay entre Dios y la criatura una distancia infinita, es por lo mismo *naturalmente* imposible á una criatura, cualquiera que sea, ver á Dios tal cual es, tal cual él mismo se ve.—*Cum vita aeterna omnem facultatem excedat, non potest homo, neque in statu naturæ integræ, neque in statu naturæ corruptæ, ipsam absque gratia et divina reconciliatio-ne à Deo promereri.*—*Et inde est quod nulla natura creata est sufficiens principium actus meritorii vitæ aeternæ, nisi superaddatur aliquod supernaturale donum quod gratia dicitur.* (*P. 1, q. 114, art. 2*).

tera no es mas que una inmensa gracia desde aquella época feliz, gracia variada de mil maneras para conducir al hombre á la felicidad sobrenatural ¹.

Tal es la primera especie de gracias, las exteriores.

Pasemos á las gracias interiores. Esta segunda especie comprende las virtudes infundidas en nuestra alma por el bautismo, la fe, la esperanza y la caridad, y todo cuanto mueve interiormente nuestro corazon, todo lo que ilumina interiormente nuestra alma, y lo que nos dispone interiormente al bien sobrenatural, y nos da fuerza para conseguirlo. Los buenos pensamientos, las santas resoluciones, los piadosos impulsos, las saludables inspiraciones y los castos deseos son otras tantas gracias interiores. ¿Quién puede contarlas? ¡Ah! mas fácil seria calcular el número de nuestros cabellos.

La gracia interior, lo mismo que la exterior, varia de mil maneras; toma todos los tonos, y afecta todas las formas, y nos hace oír todas las voces: voz de la fe, de la esperanza, del amor, del remordimiento, del temor, de la tristeza y de la alegría; voz de la tierna madre que suplica y llora, del padre iritado que reprende y amenaza, voz del amigo que dirige suaves reproches. Desde el primer instante de nuestra razon hasta nuestro último suspiro el Redentor está noche y dia en pié á la puerta de nuestro corazon, repitiéndonos sin cesar en todas las lenguas y en todos los tonos: *Hijo mio, ábreme, dame tu corazon* ².

Lo que precede basta para hacernos bendecir enteramente al Dios de misericordia que se dignó restablecer el lazo sagrado de la Religion, roto por el pecado del primer hombre. Pero no se contentó con restablecerlo, pues pará glorificar dignamente á su adorable Hijo, hacer brillar en todo su esplendor su infinita misericordia y castigar mejor los celos del demonio, autor de nuestra ruina, hizo que superabundase la gracia donde habia abundado el pecado ³, contrayendo con el hombre decaído una segunda union no menos íntima y mas ventajosa que la primera. Esta nueva exposicion justifica la asombrosa palabra de la Iglesia que llama el pecado de Adan *un pecado feliz*, y añade este último rasgo á la demostracion de la verdad capital de que la Religion es una magnífica limosna. ¿En qué consiste la superabundancia de bienes que debemos al

¹ Véase Bergier, art. *Gracia*.

² Prov. xxiii, 26.

³ Rom. v, 20.

Cristianismo, es decir, á la union restablecida entre Dios y el hombre por el Redentor? Trataremos de explicarlo.

«¿Deseais comprender, pregunta san Crisóstomo, la superabundancia de la gracia de nuestro Señor? Oid: un siervo contrae una deuda de diez óbolos, y no pudiéndola pagar, su amo se apodera de él y lo echa en un calabozo con su esposa y sus hijos. Sabe el caso un hombre rico, y va á encontrar al acreedor, á quien da no solamente diez óbolos, sino diez mil monedas de oro. Despues, entrando en la cárcel, arranca de ella al deudor, le lleva á un magnífico palacio, le coloca en un trono, y le corona de gloria y honores. Esto, y mucho mas aun, ha hecho nuestro Señor por nosotros: ha pagado infinitamente mas de lo que debíamos, y ha reemplazado con bienes superiores las ventajas que nos arrebatara el pecado de Adan ¹.»

Así pues, criados en la amistad de Dios, Adan nos hace hijos de cólera, deudores de la pena de *daño* durante toda la eternidad, y nos priva de la gracia en virtud de la cual *puede* perseverar el hombre. Nuestro Señor nos hace hijos de adopcion, nos libra de la pena de daño y de la de sentido, al mismo tiempo que nos comunica una gracia mas fuerte en virtud de la cual *perseveramos* realmente á pesar de nuestra flaqueza y de los enemigos terribles que nos hacen la guerra.

Criados en la inocencia, Adan nos mancilla transmitiéndonos un solo pecado, y nuestro Señor nos purifica borrando no solamente este pecado original, sino tambien todos los cometidos por nuestra voluntad personal. La gracia de nuestro Señor, mas fuerte que el pecado de Adan, opone un dique á la mancha original, y preserva de ella á la augusta María, á la cual convierte en depósito inagotable de gracias para el mundo y en un milagro de santidad que sobrepaja á todos los del estado de inocencia; y mas abundante, en fin, que el pecado de Adan con que se infecta solo la raza humana, la gracia de nuestro Señor se extiende no solamente á todos los hombres nacidos ó por nacer, sino tambien á los Ángeles.

Criados libres de los ataques de una carne rebelde, Adan nos lega la concupiscencia, y nuestro Señor la trueca en ocasion de una lucha generosa y de una noble victoria, hasta tanto que la ahogue completamente en las felicidades del cielo.

¹ *In Epist. ad Rom. homil. X, t. IX, pág. 373 et seq.*

Criados exentos de la muerte, Adan nos sujeta todos á su imperio y nos priva de los frutos del árbol de la vida; y nuestro Señor rompe el cetro de la muerte, se hace á sí mismo nuestro árbol de vida, dándonos por alimento su carne adorable, y nos asegura para la eternidad una vida gloriosa é inmortal.

Criados en la gracia, Adan nos precipita consigo desde la altura del orden sobrenatural, y nos reduce, ó poco menos, al estado de simple naturaleza; y nuestro Señor nos toma de la mano y nos eleva á un estado mas perfecto y sublime que aquel en que Adan fue formado.

Criados á imágen de Dios, Adan nos hace perder esta augusta semejanza, y nos asemeja á los irracionales; y nuestro Señor restablece nuestra semejanza con Dios, y en él y en María nuestra naturaleza es elevada sobre todas las jerarquías del cielo.

Criados en la justicia original, Adan nos despoja de ella, y nuestro Señor nos da en cambio una abundancia incalculable de gracias y virtudes. Nos da primeramente virtudes que nunca hubiesen existido en el estado de inocencia, como la paciencia, la penitencia, el martirio, la virginidad, el apostolado y otras muchas que truecan la naturaleza humana en objeto digno de la admiración de los Ángeles, y nos comunica además las gracias que elevan estas virtudes á un grado de poder á que jamás hubiesen llegado en el estado de inocencia ¹.

Luego la Religión es el mas hermoso regalo y la mas magnífica limosna que puede Dios hacernos. ¿Debemos asombrarnos de que los Santos de todos los siglos lo hayan preferido á todo, y sufrieran con alegría los mas espantosos suplicios, antes que renunciar á tan precioso tesoro? En el momento que escribimos estas líneas existe un ejemplo tan heroico de este amor á la Religión, que seríamos acreedores á nuestro propio reproche si no le diéramos toda la publicidad que depende de nosotros.

Hé aquí lo que escribe un misionero de la China: «Durante la

¹ Todo lo que precede es de Cornelio Alápide, *in Epist. ad Rom.* t. V. Este piadoso y sabio intérprete concluye en los siguientes términos: «Longe majora bona et dona nobis contulit gratia Christi, quam Adam abstulerit, scilicet tot gratias et dona Spiritus Sancti, quas Christus contulit apostolis, martyribus, doctoribus, eremitis, episcopis, virginibus, aliisque filiis Novi Testamenti, quibus caruit Adam, ac tandem ipsam gloriam et immortalitatem cunctisque dotes maximas, plurimas et diversissimas.» (T. IX, pág. 84).

«persecucion de 1805 fueron desterradas diez y seis personas, entre las cuales habia tres mujeres, tres tártaros de la familia imperial y un mandarin. Todos sostuvieron generosamente el peso de la persecucion y perseveraron en la fe. Otros tres fueron condenados á llevar la cadena, y se les grabó la cruz en la planta de los pies con un hierro candente para obligarles á andar sobre ella. Dos murieron hace mucho tiempo como verdaderos mártires; el tercero vive aun y lleva la canga treinta años há!!! Se llama Pedro Tsay; su nombre es precioso y digno de conservarse, porque abrigó la confianza de que mas adelante será el de un mártir. Esta sola expresion: «¡Renuncio á mi Religion!» expresion que mil veces han tratado en vano de arrancarle, bastaria para libertarle del instrumento de su suplicio y devolverle la libertad; pero con la gracia de Dios esperamos que, así como lo ha sido, será constante en la fe hasta el último suspiro.

«Ha sido colocado en una cárcel situada en una de las puertas de la ciudad de Pekin, para que todos los que pasen puedan ver y contemplar en él un ejemplo de la severidad á que deben prepararse los que están dispuestos á abrazar la fe de Jesucristo. «Este venerable atleta de la Religión permanece inaccesible á las promesas y amenazas de los perseguidores. Es un espectáculo muy edificante ver el contento que experimenta en su cruel posesion; las almas piadosas van con frecuencia á visitarle para edificarse, alentarle y proporcionarle todos los alivios que puede recibir, y un suplicio tan prolongado y doloroso, y la facilidad con que podria libertarse de él con la apostasia, le engrandecen mil veces mas delante de Dios, que si perdiese la cabeza en el cadalso. ¡Qué corona tan hermosa le reserva el Señor en el cielo! Este confesor de la fe es un verdadero tesoro para nuestra cristiandad, y un ejemplo que habla en voz muy alta á la conciencia de todos, fortifica á los débiles, sostiene á los fervorosos, y da á comprender cuánta dicha se experimenta al padecer por el nombre de Jesucristo ¹.»

Este ejemplo, aunque es tan heroico, no tiene nada de asombroso á los ojos del cristiano, aun cuando fuera mil veces mas heroico; lo que asombra es ver el poco caso que la mayor parte hacen de la Religión, y verles ultrajar á su bienhechor, y perder su derecho al cielo

¹ *Anales de la Propagación de la Fe*, noviembre de 1837, pág. 112.

sin perder un momento de sus placeres. No obstante, en comparacion de esto, es decir, de la Religion y la posesion eterna de Dios, ¿qué es la posesion fugitiva de todas las criaturas existentes ó posibles? Nada, nada: ¿pensamos en esto?

La Religion debe excitar nuestro reconocimiento y determinar nuestra fidelidad hasta en el conocimiento profundo de ella misma y en los deberes que nos impone. En efecto, la Religion consiste por parte de Dios en las verdades que revela y en los deberes que impone al hombre, y que son las leyes y condiciones de su consorcio con él; y por parte del hombre esta manifestacion consiste en el cumplimiento de los deberes de que es acreedor para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. Tal es la *naturaleza* de este noble consorcio. Sus *medios* son los auxilios ó las gracias que Dios da al hombre, y la cooperacion que éste, ayudado de Dios, presta á la gracia: su *objeto* es para Dios la gloria, y para el hombre la dicha, es decir, la completa satisfaccion de todas sus facultades, y su *sancion*, las penas y recompensas del tiempo y la eternidad. ¡Qué puede haber mas generoso, mas fácil y mas ventajoso que este divino consorcio!

Pero hora es ya de estudiarlo en su historia. Hemos visto que el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, al hacerse nuestro mediador y fiador, restableció el lazo sobrenatural, roto por la rebelion de nuestros primeros padres¹. De esto resulta evidentemente que no

¹ Tanto en este sitio como en la Introduccion, en la leccion XXI de la parte I y en otros puntos, adoptamos el plan divino tal cual es, no como hubiera podido ser, y raciocinamos segun el orden de cosas que Dios ha realizado. Este orden de cosas consiste: 1.º en la creacion del hombre en un estado sobrenatural; 2.º en la voluntad de Dios de reparar el pecado del hombre y exigir una satisfaccion perfecta de su falta. Supuestas estas dos cosas, decimos que debia *verificarse* la encarnacion. Sabemos no obstante que Benedicto XIV permite sostener la opinion de que la encarnacion se hubiera verificado en la suposicion misma de la conservacion de la gracia. En cuanto á nosotros, al hablar de la encarnacion no raciocinamos, y suplicamos que se advierta, segun la suposicion de tal ó cual estado posible, sino segun el estado real del hombre, ni pretendemos encadenar la voluntad de Dios imponiéndole una necesidad incompatible con su perfecta libertad.

Así pues, adoptamos gustosos la siguiente conclusion de santo Tomás:

«Potuit Deus ex infinitate suæ divinæ potentie, alio quam Incarnationis opere humanum genus reparare; sed ut homo facilius et melius suam consequeretur salutem, hoc necessarium fuit ut Verbum eius caro fieret.» (2 p. q. 1, art. 11).

hay mas que una sola religion, la de Jesucristo; que la religion cristiana es por consiguiente tan antigua como el mundo, y que el Cristianismo es, como hemos dicho, una cadena magnifica cuyo último eslabon está en nuestras manos, y el primero unido al trono del Eterno.

¡Qué prueba mas fehaciente de esta consoladora verdad, objeto de todas nuestras instrucciones, á saber: que la salvacion del hombre ha sido desde el origen de los siglos el único pensamiento de Dios, el objeto de todos sus consejos, y el fin de este mundo y de todos los acontecimientos!

Sí, el único pensamiento de Dios desde el pecado original fue el de repararlo, y el único objeto de todos sus designios hasta la venida del Mesías fue dar al mundo un Redentor, así como despues de esta venida fue mantener en la tierra la obra de la redencion, y extender sus beneficios á todos los pueblos y á todos los individuos. En una palabra, la última expresion de todas las cosas y la explicacion de todo lo que este Dios ha hecho desde el principio del mundo, y de cuanto hará hasta la consumacion de los siglos, es *salvar* á todos los hombres por medio de Jesucristo, y el objeto de la eternidad será *glorificar* en el cielo con Jesucristo y por medio él á todos los hombres que se hayan aprovechado de la redencion. Luego es cierto, mil veces mas cierto de lo que podríamos decir ó comprender, que *Dios es caridad*¹; luego es cierto que la grande y la única instruccion que debe resultar de toda la explicacion de la Religion es esta: *Dios ama á los hombres, y hace todas las cosas para dar testimonio de su amor á los hombres, reparando el mal que se hicieron á sí propios con el pecado, y devolviéndoles con usura todos los bienes que perdieron.*

Ya que el único pensamiento de Dios ha sido la salvacion del hombre, se preguntará sin duda por qué no envió al Salvador en el momento despues de su pecado. Ora se considere por parte de Dios ó por la del hombre, esta dilacion es una prueba admirable de la sabiduría de Dios y de su amor hácia nosotros.

1.º En cuanto á las razones consideradas con respecto á Dios para explicar la dilacion del Redentor, la principal es, que Dios queria durante este largo intervalo de cuatro mil años que se predijera el grande acontecimiento de la venida del Mesías con todas sus circuns-

1.º I Ioan. iv, 8.